



ARTE

Las pinturas murales de Alarcón de Jesús Mateo

Jesús Cotillas Díaz

De la tensión brota el gesto creador, de la contradicción el magma necesario para la creación, de la pulsión el ímpetu de su materialización. De la utopía la transformación de la realidad. Del Silencio la Palabra, del desaliento la esperanza, de lo informal lo formal, de lo inerte lo animado. De lo profano lo sacro.

La paradoja se nos antoja presente con estremecedora perennidad. Lo detestable convive con lo sublime, la escasez nutre la abundancia, la armonía precede al caos, lo vivo hiende sus cimientos en lo exangüe, lo

feo se precisa para resaltar lo bello. Ontológicamente sería inviable una realidad/concepto donde el ser no se apareara con el no-ser, la vida con la muerte, el día con la noche, el orden con la anarquía, el sujeto con el objeto, el esclavo con el señor. Cada categoría precisa del contraste para ser/existir. Así la paradoja, la contradicción, se convierte en el impulso dialéctico necesario. En los mimbres para hacer la cesta/gesta.

En este marco febril se debate Jesús Mateo frente a su propia miseria, frente a su propia limitación, cuando en 1994 una idea utópica se instala en su mente y le va dando zarpazos de desazón, desgarrándolo, instándole a inmolarse, a entregarse sin poder impedirlo a una sinrazón desabellada. El es pintor y le apresó un volumen, un espacio inmenso, unos muros desnudos —paramento en silencio— un espacio artístico que fue iglesia hasta mediados del siglo XIX.



Recinto que de sacro pasa a profano, hundida la bóveda de cañón se multiplican los usos: almacén, establo, evacuatorio público, recinto de cultivo y hasta sala de verbena popular más recientemente. ¿Decadencia o evolución?

¿Es más bella una iglesia románica que un establo?

El gran esfuerzo de la modernidad ha sido el desvincularse de lo útil para alcanzar lo bello; vencer el grado de inmediatez de la naturaleza, de la necesidad pura y dura para dar cabida al azar. Y el Azar, lo imprevisible, lo eluctable, lo

indómito e impensable surge como imperioso devenir. El azar frente al determinismo cartesiano, la casualidad frente al indeterminismo, frente a la casualidad. El Azar trasciende la Naturaleza y la insemina con nuevos modos, nuevas formas, nuevas tensiones, nueva naturaleza, desconoce la discontinuidad, todo lo que hay lo encierra en su entraña; aunque se nos aparezca cualitativamente distinto han sido infinitos microcambios los que han provocado la diferencia.

La antigua iglesia de San Juan Bautista de Alarcón se ha visto sometida a la misma transformación, ha evolucionado «naturalmente». El gigantesco cubo de piedra se adaptó a los tiempos durante más de cien años; se llenó de noche y de silencio, de abandono y soledad, de podedumbre y estiércol, inhibió su majestuoso porte y metamorfoseó en corral. Acogió gruñidos donde antaño reverberó plegarias. Irreverencia donde reinó

RESUMEN:

El pintor conquense Jesús C. Mateo se ha propuesto cambiar el aspecto interior de la antigua iglesia de san Juan Bautista en Alarcón (Cuenca) pintando sus paredes con inmensos murales (que podrían llegar a ocupar unos 1.300 metros cuadrados) de motivos alegóricos y de gran fuerza expresiva. El autor del artículo nos expone aquí el itinerario de este empeño por transformar una antigua iglesia, posteriormente convertida por el abandono en puro basurero, en un nuevo centro vanguardista y acogedor. Por otra parte, hay que destacar que en este intento, hay detrás una asociación con varios centenares de miembros, de Cuenca y de toda España, y que ha sido avalado por la UNESCO para su realización final que deberá culminar el año próximo.

religioso respeto... hasta 1968 en que la Dirección General de Arquitectura restauró parcialmente los elementos arquitectónicos perdidos, pudiéndose entonces habilitar el recinto durante los últimos lustros para diferentes manifestaciones culturales.

Maternal concavidad que parecía llevar años esperando, paciente, desacralizada y vacía. Inmensamente vacía. Hirientemente vacía. Casi desalentada. Crisol donde se transustanciará la nada para configurar la forma, el símbolo, el significado. Escenario que cautiva a Jesús Mateo quién sin deseirlo, pero sin poder impedirlo, proyecta una enormidad. Estudia ávidamente, casi con pulsión, sus formas herrerianas, sus proporciones trinitarias, su presbiterio desnudo, sus capillas laterales cual muros espectantes, su amplia bóveda sustentada en arcos fajones, su historia, su transir como templo cristiano, su posterior decadencia y su restauración.

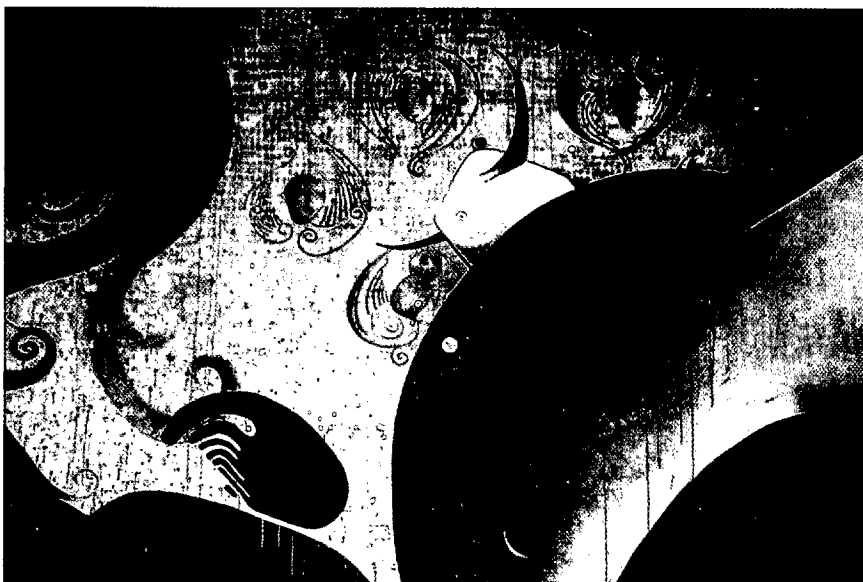
Las dificultades técnicas, la magna dimensión, los casi mil metros cuadrados estudiados minuciosamente, las desmesuradas proporciones, el vertiginoso trabajar suspendido a más de trece metros de altura; el embriago del color, el hechizo del templo, el propio drama narrativo del mural... Cada uno de ellos capaz de desalentar por sí solo el comienzo de la obra hace que todas las facultades del artista se «tensen», se orienten hacia un mismo polo, casi crispándose, saliéndose de sí mismas, trascendiéndose. El artista, ensimismado, enajenado, es absorbido plenamente: el proceso creador está gestándose.

Pero Jesús Mateo es artista, joven, ambicioso de ambiciones estéticas, con talento natural y aprendido. Aprehendedor por excelencia, curioso, inquieto y excitable. Con oficio, con facultades innatas. Desrealizador y esenciador. Conceptual y práctico. Capaz de conjugar la razón/pasión. La turbulencia de su ímpetu con la profunda reflexión. Asume el reto de luchar contra sí mismo.

El escenario/iglesia es un pretexto. Las dimensiones dan espectacularidad a la batalla. Sabe que ganará mientras sienta próximo el aliento del muro, el palpito del andamio, pero que al fin sucumbirá porque todo anhelo, cristalizado, es una pérdida, un recomenzar la búsqueda, un potenciar la insatisfacción. Su propia tragedia.

Concibe un espacio donde obsesivamente pretende integrar la pintura con la arquitectura, utilizando la curva como elemento dinamizador que potencia el contraste pero a la vez cohesiona o conexiona, contradicción curva/recta. Representa la naturaleza, exalta lo orgánico, lo perecedero, pero también al hombre, la idea de Dios/energía, la tierra/aire y el fuego/agua. Sin pretensiones moralistas plasma en contraste de color la vida/muerte, la confianza/desconfianza, la angustia/esperanza, la luz/tiniebla, la verdad/mentira, el bien/mal... basándose en la contradicción formal de la oposición de las curvas, de las figuras deformadas hasta el extremo deseado, frente a la línea racional-recta de la arquitectura. La recta cobijará un sistema de curvas que reventarán el vacío.

Intricado desarrollo conceptual del proyecto que, por su magnitud y larga duración, va transformando al propio artista. El azar dicta sus leyes y hace aflorar los miedos y las incertidumbres, las obsesiones personales, el inconformismo, la angustia, la insultante libertad de enfrentarse por fin a su propia utopía, frente al muro, la soledad atenazante, el denso y enrarecido silencio que le hace sentirse engullido por la iglesia, la paralizante desconfianza en sí mismo: pinta y destruye, recompone,



vuelve a destruir; se le agolpa un riquísimo mundo de sentimientos, emergen a flor de piel las emociones, se consolidan los conocimientos; pinta sin cesar, destruye, reconstruye; las superficies manchar las de su alrededor y éstas acabarán modificando el sentido y aspecto de las primeras; y le sigue asaltando incesantemente, a borbotones, la más cruel de las sensaciones: cuanto más pinta más le queda por pintar: pinta, destruye, reconstruye.

No pierde en ningún momento la perspectiva del Todo y cada pincelada guarda frágil equilibrio con las demás, con las ya plasmadas y las por venir. Su mente bulle meteóricamente, el desarrollo pictórico de la obra es un audaz desarrollo estético donde cada mural es independiente, autoexplicativo, convincente, pero formando parte indisoluble de la totalidad, donde cada uno confluye en armonía conceptual y continuidad cromática.

El artista/hombre se rebela contra la conspiración del volumen que, mayestático, parece adquirir vida propia oponiéndose continuamente a ser transformado pero, domeñado al fin, ve teñidos sus muros cual si de paramentos murales románticos se tratara, por la dureza y fuerza expresiva del pigmento, por la ocupación asfixiante del espacio que la imponen. Y en su seno ve brotar el hálito renacentista, las figuras bosquianas que se enseñorean y tornan etnocéntricas, transfigurando el universo todo, compitiendo en gransiosidad con su propio entorno, sincretizando lo mitológico y lo religioso, lo animista y lo científico, lo antiguo y lo moderno, en un lenguaje simbólico que no críptico del artista, lenguaje que se va conformando según avanza del desarrollo pictórico.

Seres con arquitectura propia, con el entrañamiento propio que funde el ser y la nada, megalíticos, deformes en la curva, pero con raíces en la propia naturaleza con la que a veces se confunden por la penetrante tectura cromática, provocando una identidad mironiana entre forma y color, una sensación de volumen etéreo/sensual que nos proyecta hasta Henry Moore.

Seres perplejos que, de súbito, se ven apresados en el centro de un universo que condiciona irremisiblemente su sino. Seres ambivalentes, híbridos, indefensos, sin principios ni fin, desleídos en cuanto les rodea, con más carga ontológica que vital, más densos de espíritu que de cuerpo. Seres sin identidad que pugnan por arrebatarle al cosmos la diferencialidad, que semejan plañir por ser algo/alguien. Terrible tragedia del artista que ve arrebatada su autonomía creadora por las formas informes que le reclaman su propia dimensión, que le instan a dotarles de hábito propio. ■